



El laberinto de la Navidad

En la época decembrina vivimos dos vidas. Una es la del olor a pino y tejocotes, abrazos en cenas familiares, luces de colores. Otra es la de la tristeza, la irritabilidad, el enojo, la soledad. Psicólogos expertos desentrañan la contradicción y nos dicen cómo sobrevivir a ella.

PAGS 10-11



RELATOS

Oswaldo Barrera | 23
Carlos Ferreyra | 18
Gerardo Galarza | 17
Ernesto Lee | 15
Mariana Leñero | 14

Luis Mac Gregor | 22
Ivonne Melgar | 20
Francisco Ortiz Pardo | 21
Francisco Ortiz Pinchetti | 19
Patricia Vega | 16



Remanso decembrino

Para como están las cosas en el país –inseguridad, incertidumbre económica, campañas políticas y elecciones federales en puerta-- el navideño mes de diciembre se nos presenta como un necesario remanso, durante el cual podemos disfrutar de las fiestas invernales en paz, acompañados de nuestros seres queridos, sin sobresaltos. Ojalá que la vorágine del consumismo desaforado, tan propio de esta época, no nos impida disfrutar de esta época que es sin duda la más entrañable de todo el año. Nuestros buenos deseos, que en esta época se manifiestan a través de los abrazos, las casi desaparecidas tarjetas navideñas y la convivencia en comidas fraternales y cenas emblemáticas, deberían ir mucho más allá del abrazo rutinario y las frases hechas. Que el “feliz año” se convierta en una actitud, una manera de ser solidaria y comprometida con nuestros familiares y amigos, con nuestros vecinos y a final de cuentas con nuestra comunidad y nuestro país. En ese entendido, deseamos a nuestros lectores, amigos y anunciantes una ¡Feliz Navidad y un mejor año 2024!

» DIRECTORIO

Libre en el Sur Doscientos cuarenta y uno Diciembre de 2023

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimera

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreensur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101. Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.

AY, AJÁ.



NADIE
ESTÁ MÁS
ARRIBA
QUE YO.

Caralagos 2023



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales ENVIÓ GRATIS

Adquiere hasta la puerta de tu casa Cuartoscuro, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. (No te quedes sin tu ejemplar)

revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2807, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDUCACIÓN

37 AÑOS DE EXPERIENCIA EN AMÉRICA

**OFERTA \$150
POR DIAGNÓSTICO**

¿Sabías que? puedes conocer:

**IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA
POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA**

¡DESCÚBRELO!

Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología 5536 46 56 56

STAFF / LIBRE EN EL SUR

Este año se cumplen justo ocho siglos la tradición cristiana del Nacimiento. Su instauración se atribuye a Francisco de Asís, que habría hecho la primera representación en diciembre del 1223, hace 800 años, en una ermita del pueblo italiano de Greccio. Según testimonios de frailes discípulos del Santo, su objetivo era dar a conocer a la comunidad el nacimiento de Jesús, para instruirlos en la Santa Doctrina; pero principalmente “buscaba contemplar la encarnación del Hijo de Dios mediante el silencio”.

Precisa la propia tradición que esa primitiva versión del Belén, como también se le llama, fue montada por Francisco con seres vivos, para lo cual invitó a frailes de su convento y a habitantes del poblado a participar, asumiendo los diversos personajes, como San José y la Virgen María, el Niño Dios y los Reyes Magos, así como animales como el bey, el burro y la vaca, los borregos y algún caballo.

Posteriormente, esos personajes fueron sustituidos por figuras hechas de pasta o madera, con lo que el Nacimiento adquirió la fisonomía que perduraría hasta nuestros días. La tradición se extendió a toda Italia y pasó a otras naciones de Europa. Y cuando ocurrió el descubrimiento de América y la Conquista, los misioneros la trajeron a México. Hay evidencias de que las primeras representaciones del Nacimiento en nuestro país fueron realizadas por los frailes franciscanos del convento de Santo Domingo, en el viejo pueblo de Mixcoac, ubicado en la actual alcaldía Benito Juárez. Los Belenes fueron un recurso muy valioso en la evangelización del nuevo mundo, a través de la conversión al cristianismo de los pobladores originarios.

El Nacimiento fue adoptado primeramente en los conventos y monasterios de la Nueva España y ya en el México independiente se convirtió con el tiempo en una costumbre muy arraigada de las familias mexicanas, en todo el país. En la capital, ya en el siglo 20 hubo nacimientos que adquirieron fama y celebridad, como el que año con año montaba el poeta Carlos Pellicer en su casa de la Lomas de Chapultepec, así como otros que instalaban familias en colonias como la Del Valle, Narvarte, Santa María la Rivera y San Rafael.

Diversas circunstancias, incluidas razones económicas, provocaron la desaparición paulatina de la mayoría de esos nacimientos famosos, aunque a la fecha han proliferado expresiones notables de esta tradición, auspiciadas por entidades públicas y privadas.

Asimismo, se ha desarrollado toda una artesanía especializada en el tema. Entre los lugares que destacan por su elaboración de nacimientos son: Metepec en el Estado de México, Tlaquepaque en Jalisco, Tolimán en Guerrero y Tzitzuntzan en Michoacán. Hay nacimientos elaborados en barro, resina, arcilla, cerámica, hojas de maíz, entre otros materiales.

800 años

La tradición del Nacimiento, iniciada en 1223 por San Francisco de Asís en un poblito de Italia, se ha arraigado en la sociedad mexicana y hoy persisten ejemplos notables de esta costumbre cristiana en nuestra capital. Aquí, una guía.



Nacimiento monumental en Metepec.

Foto: Artemio Guerra Baz / Cuartoscuro

Los elementos fundamentales de la representación son la casita de madera, donde va el nacimiento navideño y esta debe de ser sencilla, pues representa la humildad y sencillez del lugar donde nació el Niño Jesús. El pesebre, es el contenedor de madera donde los animales de granja consumen, que de acuerdo con la historia fue la cuna improvisada para el recién nacido. La estrella de Belén que fue la guía para que todos pudieran llegar a presenciar el nacimiento del Hijo de Dios.

Entre los personajes imprescindibles están en primer lugar el propio Niño Jesús, la figura principal del Nacimiento navideño. También la Virgen María, San José, que es el papa el papá del Niño Dios. Los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltazar acompañados de sus animales en los que se habrían transportado: un caballo, un elefante y un camello. También debe estar el Ángel, el que anunció el nacimiento

del niño Jesús y que cuidó a la Virgen María y a San José, y condujo los pastores que acudieron a adorar al Niño.

Entre los animales suelen incluirse también el buey, que mantenía caliente el pesebre; el burro, en el que se transportaron María y José hasta Belén; las ovejas, que acompañan a los pastores, y otras especies que en la versión mexicana se han incorporado a través de los años: gallinas, patos, guajolotes, perros, mulas y hasta peces.

Una figura no siempre presente, pero incorporada sobre todo en los nacimientos grandes, es el Diablo –símbolo de los Siete pecados capitales-- de color rojo, con su cola y sus cuernos, que con mil artimañas trató de distraer a los pastores para que no llegaran al nacimiento del Niño Jesús.

Entre los Nacimientos que vale la pena visitar en este mes de diciembre en la Ciudad de México destacan:

* **Fonart**, de avenida Patriotismo 691, en Mixcoac, alcaldía Benito Juárez. Es la sede del XVII Concurso Nacional de Nacimientos. Se otorgan 44 premios, con un valor conjunto de un millón de pesos.

* **Kiosco Morisco** de la alameda de Santa María la Rivera. Calle Salvador Díaz Mirón

* **Museo Casa del Risco**, en Plaza San Jacinto número 5, San Ángel, alcaldía Álvaro Obregón. Hasta el 15 de enero.

* **Jardín Santiago**, ubicado en la colonia Tlatelolco sobre la avenida Ricardo Flores Magón, alcaldía Cuauhtémoc.

* **Museo del Carmen**, en avenida Revolución 4 y 6, entre Monasterio y Rafael Checa, colonia San Ángel, alcaldía Álvaro Obregón. Este año participan 52 nacimientos que participaron en el Concurso Nacional de Nacimientos Mexicanos. Hasta el 5 de febrero.

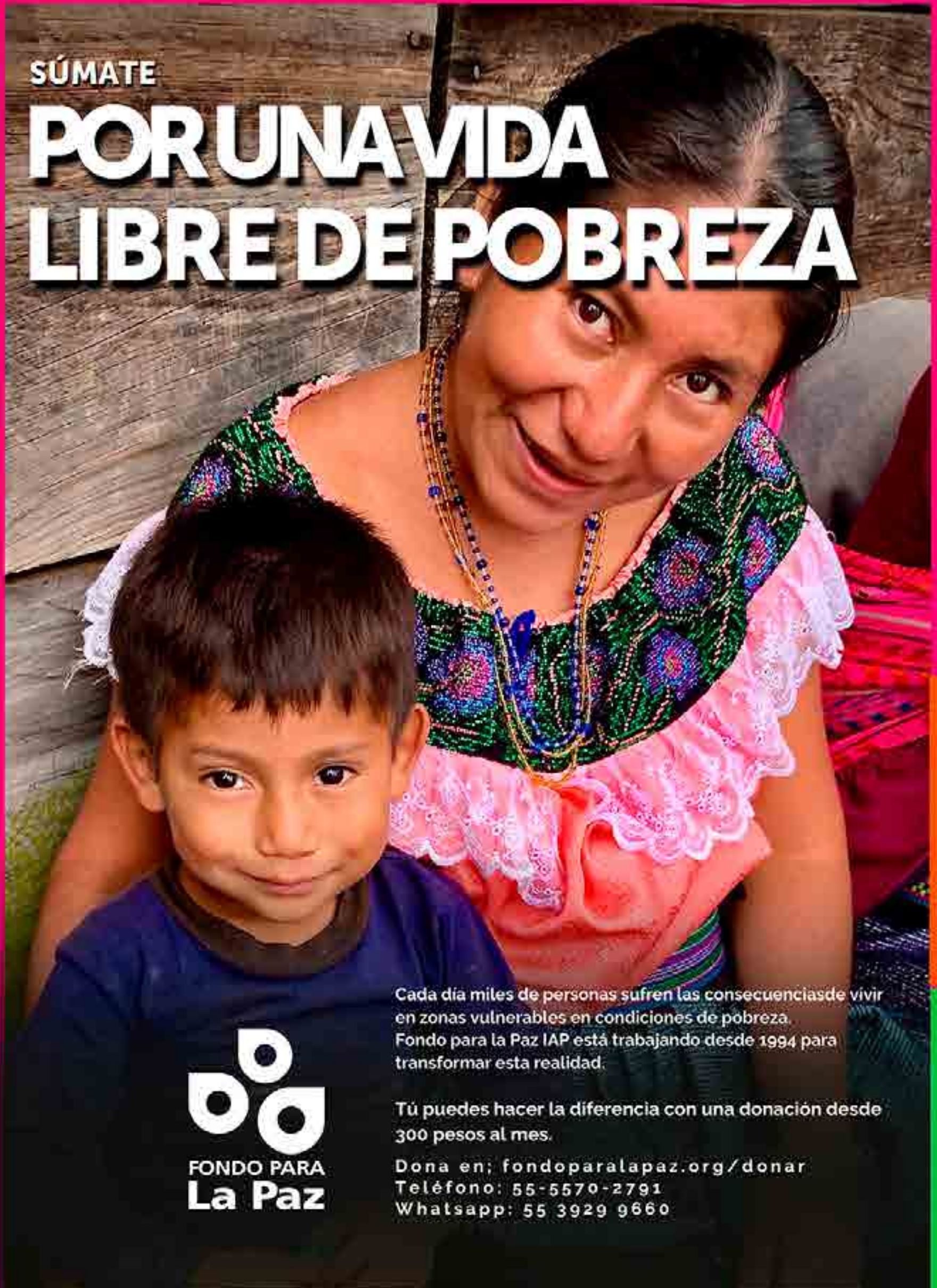
* **Parque Tezozómoc**, en Manuel Salazar S/N, Hacienda del Rosario, Prados del Rosario, alcaldía Azcapotzalco. Hasta el 8 de enero.

* **Museo Nacional de las Culturas. Exposición** compuesta por 50 pasajes bíblicos, incluyendo el nacimiento. El proyecto fue creado a principios del siglo XX y busca rescatar la obra del artista Felipe Nieva. Moneda 13, Centro Histórico, alcaldía Cuauhtémoc.

También hay Nacimientos monumentales muy afamados en Metepec, Estado de México; Pátzcuaro, Michoacán, y Querétaro, Querétaro, entre otros. Visitar alguno de ellos es la mejor manera de conmemorar los 800 años de esta entrañable costumbre cristiana, tan arraigada entre nosotros. ■

SÚMATE

POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en: fondoparalapaz.org/donar
Teléfono: 55-5570-2791
Whatsapp: 55 3929 9660



FONDO PARA
La Paz

Planteó Taboada en BJ un modelo de ciudad

POR ANTONIO MACHUCA

Tras dos periodos de gobierno al frente de la alcaldía Benito Juárez, Santiago Taboada, ha demostrado que sí hay una manera distinta de gobernar, un modelo, con el que se puede enfrentar a la delincuencia, combatir la desigualdad y mejorar la calidad de vida de las personas.

Uno de los mayores logros del alcalde con licencia, Santiago Taboada, ha sido la implementación de la estrategia de seguridad Blindar BJ, con la que desde el inicio de su gestión en 2018, decidió combatir de manera frontal a la delincuencia y no abrazarla.

El resultado de esta estrategia es palpable ya que, de acuerdo con datos del INEGI, cuando tomó las riendas de la alcaldía ni siquiera aparecía dentro de las 10 más seguras del país y hoy Benito Juárez es la alcaldía más segura del país y ha sido por tres años consecutivos la más segura de la CDMX, lo que significa que actualmente 85 de cada 100 habitantes de la demarcación se sienten seguros.

Otro rubro al que decidió apostar fue invertir en infraestructura, instalaciones y espacios públicos dignos y de calidad como parques, deportivos, calles, escuelas y casas de cultura, por lo que no es casualidad que la calidad de vida de Benito Juárez equiparable a ciudades europeas de acuerdo con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, de la ONU.

En este sentido, es importante señalar que las personas de otras alcaldías prefieren trasladarse desde otros puntos de la ciudad a realizar sus actividades dentro de la alcaldía, ejemplo de ello, es la Alberca Olímpica, donde más del 70 por ciento de los usuarios no viven aquí pero prefieren desarrollar su actividad deportiva en instalaciones de primer nivel.

Otra acción a destacar es la política social que implementó, no solo por rescatar programas que el propio gobierno federal desapareció sino también acompañar algunos que otorga. Nos referimos, a que rescató las Estancias Infantiles y puso en marcha "médico en tu casa", cuyo objetivo



El alcalde con licencia, Santiago Taboada, quien gobernó cinco años esa demarcación, y ahora es el precandidato único a la Jefatura de Gobierno por la alianza opositora en la Ciudad de México, implementó acciones que han dado resultados y, de replicarse, podrían cambiar el rumbo de la ciudad.



es que los adultos mayores no gasten su pensión en medicinas y consultas, ofreciéndoselas de manera gratuita.

En este sentido, también hay que señalar que durante la pandemia creó programas, únicos en su tipo, para apoyar a las y los vecinos a palear la

crisis sanitaria y económica.

Ante el modelo implementado en Benito Juárez, el alcalde con licencia, Santiago Taboada, deja la alcaldía con la aspiración, ya como precandidato único de la alianza opositora a la Ciudad de México, de llevar este

modelo a toda la CDMX el cual ha demostrado con realidades, hechos y cifras, a diferencia de los gobiernos de Morena, que se puede cambiar el rumbo para acortar las brechas de desigualdad, generar mayores oportunidades y elevar la calidad de vida de las y los chilangos y vivan mejor.

Sincretismo... de México para el mundo

En la narrativa nacionalista suele decirse que las tradiciones nacionales sufren una transculturización por la influencia de Estados Unidos y Europa. Lo cierto es que lejos de esa realidad, las costumbres de México son hoy una influencia creciente en el mundo.



Foto: Especial

Posada en Sacramento

Posada en Guatemala

Foto: Especial

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

Cada año con las fiestas otoñales de Día de Muertos y después las navideñas es interesante ver cómo los eventos tradicionales que consideramos inmutables y en muchos casos únicos de nuestra cultura, de manera silenciosa se transforman y son enriquecidos por elementos externos y distintos a nuestra mexicanidad. Pero lo que es mucho menos percibido es cómo también nuestras tradiciones influyen en el resto del mundo.

Todo se da de manera cada vez más rápida como efecto de la globalización y, por supuesto, del internet.

Ejemplos son el Halloween y la fiesta de muertos, que en mi niñez eran dos festividades distintas. La primera se veía como una invasión de la cultura norteamericana, y cuando los niños peregrinaban de casa en casa en la colonia vestidos de monstruos, para pedir dulces; muchos de los caseros exigían que los niños cambiaran la letanía de “Queremos Halloween” a “Medaunaca-

laverita”, para darles a cambio un par de dulces (o a veces monedas, que para nosotros era mucho mejor, he de confesarlo).

El festejo de Día de Muertos era algo muy familiar, privado el 2 de noviembre en torno de un altar para compartir con los que ya se fueron; después, en el recalentado de los días siguientes comíamos solo los vivos, lo que nuestros seres queridos del más allá habían dejado. Nunca fueron fiestas o eventos de festejo social masivo. Las actividades sociales del Día de Muertos, en el mejor de los casos, eran eventos culturales donde visitábamos ofrendas públicas promovidas por el gobierno o grupos culturales (la de la casa de Diego Rivera, Anahuacalli, era una de las más impresionantes). Las “Calaveritas” (los versos satíricos dedicados a personas o grupos conocidos), era de lo poco que se hacía entre distintos círculos sociales, como en el trabajo, con amigos o con la familia extensa, pero quedaban como ejercicios literarios practicados solo en algunos nichos o en los medios de comunicación masiva, como periódicos, para



Venta de piñatas en Chicago USA

Foto: Especial

hacer burla de distintos personajes famosos.

Actualmente se ha dado un verdadero sincretismo. El festejo de Día de Muertos ha salido a las ca-

lles y se ha convertido en un desfile propiciado inicialmente por la película de James Bond, *Espectro*. Los jóvenes organizan fiestas de Día de Muertos disfrazán-

dose con los motivos que Guadalupe Posada pintaba a principios del siglo XX.

Pero el festejo se globaliza y el resto del mundo lo absorbe tam-

bién. En los países anglosajones la gente empieza a poner altares a los muertos. El disfraz de “La catrina” se ha popularizado tanto que no solo se utiliza en el periodo de Halloween en todo el mundo, sino que en Alemania, en el carnaval, es uno de los atuendos preferidos para los jóvenes. Los grupos musicales carnavalescos han hecho canciones especiales para recordar a los que ya se han ido (*Kasalla, Alle Glässer Hoch*).

Y lo más interesante es que sí tiene razón de ser, pues el carnaval, el Día de Muertos y el Halloween son festividades precristianas que se refieren al final de los periodos cuando se generan las transiciones y hay caos, libertad y los mundos separados—el de los vivos y el de los muertos—se unen para las tradiciones y las tradiciones para las sociedades.

Los festejos decembrinos están también en continua transformación por la interacción global. La pérdida de la guerra cultural que sufrió el niño Jesús y los reyes

magos ante la apabullante fuerza mercadológica de Santa Claus, de lo que nuestros padres se quejaban, se dio no solo en México sino en todo el mundo. Creando como una figura cuasi laica (a pesar que se basa en el arzobispo San Nicolas de Patara, de Turquía), la nueva tradición lo ubica como una especie de duende y buen hombre que vive en el polo norte, lo que ha dado espacio para que culturas muy distintas a la católicas puedan participar y gozar de las festividades de una manera cultural mucho más amplia y sin etiquetas religiosas. En este caso, en los últimos años, quién ha sufrido más de ese sincretismo es el festejo judío de “Hanukkah”, que en Estados Unidos, sobre todo con los jóvenes, cada vez se parece más a una fiesta navideña universal entre amigos que a lo que sus ancestros conmemoraban.

Las tradicionales posadas navideñas, que en alguna medida en la CDMX han perdido el vigor

que tuvieron en mi niñez, también se exportan a todo el mundo, sobre todo en áreas donde hay comunidades mexicanas importantes como en los Estados Unidos, dándole distintas variedades y tonos, pero siempre con el distintivo de la “piñata”; que así como en México se integró a los cumpleaños infantiles, actualmente es un elemento importante en muchas fiestas de cumpleaños de los niños gringos y latinoamericanos; y también empieza a serlo en las naciones europeas, principalmente en España.

Y claro, el 5 de mayo, la única batalla importante de México en la invasión extranjera francesa donde nuestro país salió vencedor y que para nosotros es solamente otro día de vacaciones, en los Estados Unidos se festeja realmente con gran fervor, haciendo fiestas y eventos sociales con motivos muy mexicanos, si bien con un toque ligeramente distinto que nos recuerda más a la doctrina Monroe de “América para los americanos” que a la victoria nacional.

En muchos casos nos preocupa la influencia que tienen las otras culturas hacia nosotros sin darnos cuenta de que la cultura mexicana es una de las más importantes del mundo, exportadora de eventos y tradiciones al mundo.

Así pues, el sincretismo es un proceso natural que no podemos detener. Que en un lado negativo deslava las características únicas de una cultura o nación, pero por otro lado crea espacios más incluyentes que permiten transformar las tradiciones de manera creativa, donde se enriquecen con lo mejor de cada costumbre. Con esto, podemos tomar la parte que más nos gusta de nuestras tradiciones pero con sabores nuevos y divertidos, para hacer de festejos con los nuestros, como los que se aproximan, algo cada vez más bello y disfrutable. ☐



5 Mayo en Hawaii



5 Mayo en Los Angeles

DAS ALLERWELTSHAUS UND DIE MENSCHENRECHTE MEXIKO-KÖLN INITIATIVE LADEN EIN:

DÍA DE MUERTOS TAG DER TOTEN

28 Oktober 2023
ab 18:00 Uhr
Allerweltshaus Köln

Gewidmet: Migrantinnen und Migranten

Vorträge, Dokumentarfilme, Musik, lateinamerikanische Küche.

Vor treffen wir uns um 16:30 bei den *(Kolonien)* im Ehrenfeld für eine Kundgebung

In Mexiko feiern wir den Tod als Teil des Lebens, nicht als Mord

MIT FREUNDLICHER UNTERSTÜTZUNG DURCH: **Allerweltshaus Köln**
 Gesselstraße 3-5
 50823 Köln

Día de muertos en Colonia, Alemania

DIA DE LOS MUERTOS

OFRENDA/ALTAR & PHOTOGRAPHY EXHIBITION
 OCTOBER 18 - NOVEMBER 12, 2022

NOVEMBER 1 AT 12PM

PUBLIC LECTURES BY MARIA LUISA & J.P. SPICER ESCALANTE

NOVEMBER 2 AT 11 & 11:45AM

11:00AM PROCESSION STARTING AT USU QUAD
 11:45AM STOP AT NEHMA WITH LIVE MUSIC AND PAN DE MUERTO HOSTED BY THE LATINX CREATIVE SOCIETY

UTAH STATE UNIVERSITY
 NORA ECCLES HARRISON MUSEUM OF ART
 UtahStateUniversity

Día de Muertos en Utah

CLAUSTRO DEL INSTITUTO CULTURAL HELÉNICO

Av. Revolución · 1500, Guadalupe Inn



RAFAEL PARDO ORTIZ PRESENTA



TRADICIONAL

PASTORELA MEXICANA

— GRAN FIESTA NAVIDENA —



POSADA • PIÑATAS • CENA

MÚSICA EN VIVO

DICIEMBRE 16 AL 27

18:00HRS. Y 20:00HRS.

Informes 55 9297 3303

55 9187 2052



Tradicional Pastorela Mexicana CDMX

Boletos en taquilla y **B** BOLETÓPOLIS.COM



Cinvestav

EXCELENCIA EN INVESTIGACIÓN Y POSGRADO*

HUMO QUE MATA

La nicotina del tabaco es sumamente adictiva y su consumo es uno de los principales factores de riesgo para el desarrollo de enfermedades cardiovasculares, respiratorias y varios tipos de cáncer.

Día Mundial Sin Tabaco 2023

Sirve para informar al público acerca de los peligros que supone el consumo de tabaco.

Actualmente

hay **1,300 millones** de fumadores en el mundo.

+ de 7 mil

Sustancias químicas hay en el humo del cigarro.

50%

De ellas están relacionadas con el cáncer.



Se reduce la esperanza de vida de los consumidores:

+ de 10 años.

8 millones **1 millón**

De personas fallecen cada año por enfermedades relacionadas al tabaco.

De dichas defunciones corresponden a personas no fumadoras.

Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, síguenos en Conexión Cinvestav



Facebook: @ConexionCinvestav
Twitter: @conexioncinvestav
Instagram: Conexión Cinvestav



www.cinvestav.mx

Sobrevivir a la Navidad

Convocados por Libre en el Sur, dos psiconalistas y una psicóloga social explican las razones por las que, a pesar de los idilios que vende la sociedad de consumo, en la época navideña abundan las tristezas, las soledades y el desamor. Los especialistas esclarecen la salida del laberinto.

FRANCISCO ORTIZ PARDO

En la Navidad casi todos vivimos dos vidas paralelas.

La primera: Además de esos ambientes formados por figuras con foquitos de colores y el olor a pino que extiende el aire frío, la época navideña implica la narrativa de lo idílico, sin matices: esos momentos que traen los mejores recuerdos de la niñez, de cuando con suerte de rico Santa Clós trajo una bicicleta y con la del pobre fue un luchador de plástico de esos que vendían en el mercado de Sonora. Meterse en esos cuentos. Las películas, las óperas y las sinfonías, los bailes, las canciones del pop o los villancicos. Las succulentas cenas en familia alrededor de una mesa con velas y copas de vino; el pavo, la pierna de cerdo, el bacalao... Ese aroma que se escapa hasta el elevador cuando se va llegando a la cita, de la que, según la feria social que le toca a cada quién, se regresa con algún regalito. La Navidad es todo eso que no nos podemos perder.

O también lo que no nos debemos perder. Porque, paradójicamente, mucho de ese mundo maravilloso se impone de tal forma que genera una presión social que no pocas veces conlleva tristezas sin cuento, depresiones, enojos, irritabilidades, rupturas, soledades... y hasta suicidios. Esa es una segunda vida. El mismo que sonríe, que abraza, que baila, es el que siente el dolor. Así lo

explica en entrevista Gerardo Mora Gutiérrez, doctor en psicoanálisis por la Universidad Intercontinental: “En la vorágine navideña nos obligan a favorecer prototipos sociales, lo que es muy confrontativo y la gente termina por ponerse a la defensiva”. De

acuerdo con su punto de vista, además de patrones de personalidad, lo preponderante en esos estados de tristeza o enojo está da-

do por la exigencia de cubrir expectativas; y las personas terminan por boicotearlas”. En ese sentido, por ejemplo, se desatan depresiones que son consecuencia de un sentimiento de abatimiento, lo que funciona a quien lo padece para distanciarse de la familia. Y lo más lamentable es que el que no colabora es estigmatizado como aquel amargado. En otras personas, no hay “grinch” *per se*, sino que son resultado de una sociedad de consumo inmisericorde y también del repaso por la historia de la vida propia.

Coincidente, la también psicoanalista Rosa María Curiel dice que la llegada del año nuevo conlleva hacer un repaso de uno mismo, sobre los logros, los fracasos, las capacidades, la vida social, amorosa... “Y no es una reflexión menor, pues de ella también se desprende una percepción personal, que impacta en la vida emocional, provocando una fantasía que impulsa a hacer mejor las cosas en el nuevo ciclo”.

Gerardo Mora dice que ya en la víspera de la época navideña aparecen las primeras susceptibilidades manifestadas en enojo o tristeza ante el temor de que están por llegar los eventos con personas que no queremos ver. En este caso los roles sociales tienen mucho peso. “Yo pienso que se tiende equivocadamente a patologizar la conducta de la persona que presenta ese rechazo, cuando en realidad se trata la mayoría de las veces de la incomodidad ante un momento que no es amable





tensiones que puede crear en las parejas. Los investigadores señalan que, a pesar de que se ha estudiado el impacto de las festividades en las relaciones, la investigación en este campo es limitada y poco sistemática. Por lo tanto, proponen un enfoque general para comprender cómo y por qué las festividades pueden influir en las relaciones, identificando los procesos y variables que afectan a los diferentes tipos de relaciones y considerando cómo las festividades pueden activar o moderar estos procesos.

Los autores sugieren que San Valentín puede influir en las relaciones de pareja de dos maneras principales: como un instigador, desencadenando procesos que afectan a la satisfacción de la relación (por ejemplo, pensamientos sobre alternativas románticas), o como un catalizador, modificando la influencia de los procesos existentes en la relación (por ejemplo, intensificando la intimidad con la pareja actual). En este estudio, los investigadores exploran la posibilidad de ambos tipos de influencia en el contexto de San Valentín y sus efectos en las relaciones románticas.

Lo mismo sucede con la Navidad. Enero es conocido como el mes en el que las relaciones tienden a terminar, con el apodo “Día del Divorcio”, aplicado al 3 de enero. Esto se debe en parte a la presión de mante-

ner la imagen de una “Navidad perfecta” promovida en los medios y la sociedad. Las parejas que han estado lidiando con problemas en su relación a menudo evitan tomar medidas drásticas antes de las festividades debido a los compromisos ya planeados, el miedo a la soledad y la presión social para mantener la unidad familiar durante la temporada navideña. Sin embargo, una vez que pasan las festividades y las tensiones financieras se acumulan en enero, muchas parejas consideran el divorcio como una opción, sin darse cuenta de que hay alternativas para abordar los problemas de relación antes de llegar a ese extremo.

Melissa García Meraz explica también que se ha planteado un término en la Navidad conocido como *Post-holiday blues* que hace referencia a la soledad, la tristeza y otros sentimientos negativos que se podrían intensificar debido a la temporada festiva. “Quizás es tanta la presión por la ‘felicidad’, tener sentimientos positivos, que las personas pueden caer incluso en desordenes afectivos e incluso síntomas de ansiedad”.

Por su parte Rosa María Curiel, con maestría en Psicoterapia Psicoanalítica en el Instituto de Psicoanálisis y Psicoterapia, que forma parte de la Sociedad Psicoanalítica de México, nos recuerda

que Diciembre suele ser un mes esperado por las personas, pues es cuando se reúnen con sus familias o amigos para celebrar la vida. El frío de invierno hace que las personas tiendan a no salir, a resguardarse en casa y abrigarse más. “Es el invierno, en sí mismo, un periodo en que se desarrolla el llamado Trastorno Afectivo Estacional, o también llamada Depresión Decembrina”, dice”. En psicoanálisis se ha pensado que el frío despierta en las personas la necesidad de cobijo externo, de protección, básicamente emocional.

La especialista explica que “hay dos fechas en diciembre que conllevan una gran carga emocional, pues se revelan una serie de sentimientos que pueden tornarse antagónicos, como ilusión, nostalgia, tristeza, culpa, enojo”. Estos sentimientos, dice ella, dependen de las eventualidades de cada individuo como la economía, la distancia, la pérdida de un ser amado, la ruptura con algún familiar o una pareja, lo que los obliga a reflexionar o transitar por otros sentimientos, no propiamente de felicidad o amor. “La Navidad y el Año Nuevo enmarcan la vida social y familiar de las personas, por ello son fechas que suelen representar el panorama afectivo y con ello, también el reconocimiento de las pérdidas, ya

sea afectivas o físicas, de seres amados”.

Gerardo Mora está de acuerdo en que los duelos también son detonadores de la crisis, cuando en estos días los consultorios de los terapeutas están “retacados” por las pérdidas que no son resueltas, que resurgen como duelos acumulados. “Un duelo complicado o no resuelto es más doloroso en fechas que solían atravesarse de otra manera”, sostiene. Lo malo es que las personas no dan seguimiento, abandonan la terapia y al siguiente año es lo mismo. “Quieren resoluciones inmediatas y eso no existe. Las personas no quieren invertir tiempos”.

Hay preventivos, sin embargo, para vivir de otra manera la Navidad, sostiene el psicoanalista. Uno es ser consciente de que no se está obligado a cumplir roles sociales ni acudir a los eventos convencionales o familiares. “La persona puede hacer una estrategia de autoridad. Decidir con quién se quiere vivir la Navidad y con quién no. Vivir esta fecha de manera más libre y en paz, determinar vivir en plenitud”. Pero cuando la persona sienta que no puede tomar esas decisiones ante lo que le agobia, debe buscar una ayuda profesional. “No hay ayuda para el que no la sabe pedir”, sella Mora Gutiérrez. ■

por la demanda del capitalismo”, asienta el también maestro es Psicoterapia Psicoanalítica por la Universidad Intercontinental y psicólogo clínico especialista en intervención de grupos por la UNAM.

En el caso de las rupturas amorosas, que son comunes en estas temporadas, sostiene que suelen tratarse de casos en que ya se había fracasado y solo se rompe el hilo de la tensión por cualquier desacuerdo, sea por ejemplo la elección de la familia con la que se va a pasar la fecha. Así como en diciembre truenan relaciones que ya estaban afectadas tiempo atrás, “de todo lo que se mostraba en el año”, dice, en enero repuntan las consultas de psicoterapia por hechos de desencuentro ocurridos en el diciembre cercano. “La gente se quedó a merced de la fecha”.

Convocada también por **Libre en el Sur** para dar su opinión, Melissa García Meraz, doctora en psicología social por la UNAM, escribe:

En el artículo titulado *How do holidays influence relationship processes and outcomes? Examining the instigating and catalytic effects of Valentine’s Day*, de Katherine A. Morse y Steven L. Neuberg se sugiere que, a pesar de la imagen romántica asociada a San Valentín, esta festividad podría tener efectos negativos en muchas relaciones de pareja. Los autores argumentan que San Valentín puede ser perjudicial debido a las expectativas poco realistas que genera y a las



Ilustración: Dirce Hernández

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

Las morgues son lugares de signados para el almacenamiento, estudio y examinación de cadáveres. En México las morgues tienen una historia relativamente corta, ya que no se establecieron de forma formal hasta el siglo XIX. Durante la época colonial, las prácticas funerarias en México estaban influenciadas por las costumbres europeas, principalmente las de España. Durante este periodo, los difuntos eran velados en las iglesias y posteriormente sepultados en los atrios de las mismas o en cementerios adyacentes. Sin embargo no existían instalaciones específicas para la conservación de cuerpos, y las condiciones de preservación eran limitadas. En aquel periodo surgieron las llamadas casas de anatomía, las cuales eran espacios dedicados principalmente a la disección de cuerpos para fines educativos y médicos. Si bien no se trataba de morgues en el sentido moderno, estas casas fueron relevantes para el posterior desarrollo de instalaciones dedicadas al manejo de cadáveres.

A medida que las ciudades crecieron y se urbanizaron, surgió una mayor necesidad de establecimientos dedicados a la conservación de los cuerpos antes de su sepultura. Con la independencia de México, el país comenzó a desarrollar su propia infraestructura médica y forense. En este contexto empezaron a establecerse las primeras morgues en distintas ciudades del país. Estas instalaciones estaban vinculadas a hospitales y centros médicos. Cabe destacar que no existen registros precisos de las primeras morgues; por ejemplo el Panteón de San Fernando inaugurado en 1834, aunque inicialmente fue un cementerio, poco a poco lo fueron adaptando para manejar los cuerpos de los fallecidos. Otro de los espacios de suma importancia fue el hospital Juárez, fundado en 1847 y que tuvo una morgue en sus instalaciones.

A medida que avanzó el siglo XIX, las morgues experimentaron avances significativos, la introducción de sistemas de refrigeración permitió una conservación más prolongada de los cuerpos. Además se implementaron técnicas de identificación más avanzadas, como la fotografía post-mortem y la antropología forense. Estos lugares eran administrados por las autoridades locales y se ubicaban principalmente en las áreas urbanas más grandes. Una de las primeras morgues se estableció en el hospital general de México Dr. Eduardo Liceaga, fundado en 1905; Este nosocomio no solo sirvió como centro médico sino también como una institución forense para el manejo de cadáveres, autopsias e identificación de fallecidos. Otro lugar importante fue la Morgue judi-

Almacenes de cadáveres



Vista parcial del anfiteatro de un hospital.

Las morgues surgieron en el país hasta el siglo 19. A pesar de los avances tecnológicos, actualmente enfrentan desafíos en términos de capacidad y de recursos.

cial, la cual también tuvo un papel relevante en la realización de procedimientos forenses en la ciudad.

Con el paso del tiempo, la medicina legal y la ciencia forense comenzaron a jugar un papel fundamental en el manejo de los cadáveres. Las morgues evolucionaron para incluir personal especializado en autopsias y en la identificación de las causas de los decesos. El siglo XX marcó una etapa de especialización en el ámbito forense y médico. Surgieron morgues especializadas, algunas centradas en la identificación de víctimas. Los avances tecnológicos, como los sistemas de identificación de huellas dactilares y la radiografía, contribuyeron sig-

nificativamente a la eficacia de las investigaciones.

A pesar de los avances tecnológicos, las morgues enfrentan desafíos en términos de capacidad y de recursos. En muchos estados del país las morgues llegan a estar saturadas debido al incremento de la tasa de homicidios y accidentes. A su vez, existe una falta de recursos que no permiten realizar el trabajo de forma adecuada. Las morgues en México a menudo se encuentran en mal estado, lo que puede poner en riesgo la salud pública.

La creciente población y la complejidad de los casos plantean la necesidad de seguir modernizando y fortaleciendo estas instalaciones. ☒



Morgue abandonada en hospital psiquiátrico.

20 años de ser el medio de tu comunidad



Teléfono: **55-5488-4131**
Correo electrónico: **libreenelsur@gmail.com**
Twitter: **@Libreenelsur**
Youtube: **libre en el Sur Televisión**
TikTok: **@libreenelsur.official**
Instagram: **libreenelsur_oficial**
Facebook: **Periódico Libre en el Sur**

#sieslomismolibre



Con más de 20 años en la industria editorial y trabajando para instituciones públicas y privadas relacionadas con la ciencia y la tecnología, ponemos a su disposición un equipo de diseñadores multimedia, así como redactores especializados en esta área.

Servicios especializados
Diseño Gráfico
para ciencia y tecnología

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

 553435-2193

Por Mariana Leñero

El sabor agridulce de la Navidad

Por muchos años, mi primer deseo al acercarse la temporada navideña es ser capaz de resanar rápidamente las grietas de amargura que esta fecha suele provocar en mí. Desde noviembre viene trotando diciembre, dispuesto a arrasar con la paz que creía haber recuperado el año pasado. Las festividades resultan agotadoras, no tanto por la fiesta sino por la planeación de la fiesta.

Cuando veo a la gente feliz haciendo planes, contando días, adornando árboles y comprando regalos, quisiera apreciar como ellos el camino por el camino, como un sueño que no se preocupa por permanecer dormido y no se inmuta ante el bullicio y estrés que producen las obligaciones de consumo.

Para mí lo que menos trae la Navidad es amor y paz. Si tan solo pudiera evitar los preparativos, las compras y los intercambios, estoy segura que sería una de mis fiestas favoritas para celebrar junto con amigos y familiares.

Desde que nos venimos a vivir a Estados Unidos, siempre intentamos regresar a México para pasar la navidad y el año nuevo. Aun cuando en ambos lugares las prisas y el tráfico nos invaden por todos lados, en México la Navidad me sabe a infancia.

Los mercados se visten de fiesta, se llenan de colores, sabores, olores y música. Esquites, banderitas, ingredientes para el ponche, piñatas y musgo. Pequeñas figuritas para el nacimiento que te transportan a un país mágico donde se puede soñar todavía. Navidad en esteroides. Eres un niño sin listas de regalo para comprar y sin pre-

supuestos. Un sueño con exclusividad para la inocencia.

Sin embargo, la felicidad termina pronto, como terminan los sueños. Eres adulto, y te toca despertar. Y es que no se puede hablar de la Navidad sin considerar las compras y los regalos. En esta fecha los objetos cobran un valor tan importante que se adueñan de cualquier sentimiento de agradecimiento, esperanza o luz que la fiesta sugiere. Le chupan a la noche la paz y el amor. La dejan vacilante y cansada en busca de aquellos que saben festejarla por lo puro y grandioso de su origen.

Cuando es Navidad nos convertimos en Reyes Magos y en niño Jesús: oro, mirra e incienso para regalar y recibir. ¿La estrella? Los espectaculares, los anuncios de radio y televisión, *Amazon*, *Black Friday*, el *Buen Fin*. La realidad es cabrona. Evento de compra y venta. Y es que por más austeros que queramos ser, o por más que intentamos rebelarnos frente al consumismo, esta fiesta nos envuelve y nos atrapa hasta dejarnos exhaustos.

La noche de paz, aparece como un sueño lejano, muy lejano. Nos mira a lo lejos, mientras recorremos los pasillos de Costco atascados de personas malhumoradas que queremos llamar hermanos, pero se sienten enemigos. Asfixiados por la contaminación, se nos

“Ahora ya no hay necesidad de salir de casa. Compramos en línea y nos felicitamos por mensaje. Pegados al teléfono, encadenados y prisioneros sobamos la pantalla de arriba abajo”.

hace tarde, corremos entre la mezcla del calor del tráfico y el frío desgarrador del invierno.

La ansiedad por elegir los regalos es equivalente al estrés de no saber si tendremos tiempo, dinero o ambos, para comprarlos.

Con la modernidad nos han hecho creer que ahora es más fácil comprar. Las tiendas en línea presumen que nos regalan tiempo, que nos ahorran dinero y nos evitan dolor. Creyendo en el “rapidísimo” y en el “facilísimo” atamos a nuestro pie, la bola de metal pesada que con su cadena nos invita prisioneros a “disfrutar” de las fiestas.

Ahora ya no hay necesidad de salir de casa. Compramos en línea y nos felicitamos por mensaje. Pegados al teléfono, encadenados y prisioneros sobamos la pantalla de arriba abajo para elegir el regalo o el detalle que creemos que cuesta menos, pero que en el fondo vale más. Pagamos caro.

Usamos dinero virtual que nos hace creer que duele menos, o que no duele mientras que en silencio nos va quitando cada vez un poquito más. Nos perdemos de la vida que se acorta en segundos.

Intercambiamos tarjetas de regalo anónimas. ¿Para qué preocuparse por saber qué le gustaría al otro, o con qué lo podríamos sorprender?

-No me regales sorpresas, aquí esta mi lista-, -si quieres, yo te lo compro-, avísame antes y le pregunto-. De espontáneo los regalos carecen todo.

Sacas el papelito y te toca el que menos conoces, al que le regalaste el año pasado. Y tú le tocas al del mal gusto, al codo, al que recicla. Regalos que no sirven y hacen bulto y que seguramente regalarás la siguiente navidad o que

utilizarás a última hora por el regalo que se te olvidó comprar. Pijamitas, galletas, bufandas, chocolatitos, velitas, cremitas... Hay que regalar para demostrar amor.

Momentos incómodos con amigos o familiares a los que hay que regalarles porque siempre te regalan. Te aseguran que no importa si no lo haces, pero el mero día extienden las manos para darte “sólo un detallito”.

Escondemos las deudas bajo la almohada, deseando olvidar los pesares acumulados mientras buscábamos llegar despiertos a la “noche de paz”. No sabemos que el anhelo por esa mismísima noche es la causa del sufrimiento que creemos estar evitando.

Me siento un robot jugando a la Navidad, quitándole la vida a lo que es vida, matando a lo que tiene que nacer y repitiendo sin novedad motivos erróneos que evitan reinventarnos de nuevo.

Cada año anhelo que me resulte más sencillo aceptar la ambivalencia que estas fechas me provocan. Atravesar rápidamente el puente de los preparativos y las compras y encontrarme al otro lado con los amigos y la familia que quiero profundamente.

Tengo que recordar el placer que me causa en este día ver a mis hijas convertirse en niñas, aunque ya son mujeres. La Navidad con sabor a infancia y familia. Ellas colocan sin lugar a duda la estrella final al arbolito de mi historia y mis recuerdos. Las risas y abrazos que intercambiamos entre hermanas, padres, primos, tíos, sobrinos, abuelos y amigos se despliegan como la mejor muestra de lo fácil que resulta regalar amor y recibirlo. Es ahí, solo ahí, que lo demás se olvida y todo se convierte sin esfuerzo en el mejor regalo de la noche.





Foto: Especial

Fragmento de 'Posada', obra de Teodoro Cano.

Recuerdos decebrinos

“Los que ofrecían la posada repartían canastitas de papel de china o papel crepé azules, amarillas, rojas, verdes, con colaciones de colores, botellita de anís, chocolatitos con alegría y peladillas”.

Por Ernesto Lee

Siempre asociaré diciembre con gratos recuerdos y buenos momentos. Además de la navidad en familia, este mes siempre me trae reencuentros con amigos de toda la vida y con las nuevas amistades; con primos, tíos y tías a los que no veo con frecuencia. El último mes del año, para mí, es también añoranza por los recuerdos de los festejos decebrinos de mi infancia.

La primera gran celebración del mes era el 8 de diciembre, el santo de mi abuela materna Conchita. Ella siempre se festejaba su día con una comida, que la mayoría de las veces tuvo por plato principal mole de guajolote y arroz a la mexicana. Para ello, en la casa se criaba a un guajolote -al que yo alimentaba- y que había que cuidar hasta el día del festejo.

Llegada la fecha, muy temprano se ponía a hervir agua en grandes ollas y se mandaba traer a “la Güera”, la señora diestra en las artes de poner fin a la vida del guajolote con rapidez y capaz de realizar toda una serie de acciones coordinadas para cortarle la cabeza, recuperar la sangre del animal, quitarle las vísceras y las patas, desplumarlo y limpiarlo perfectamente, para posteriormente hacer un buen caldo. Yo era testigo de todo el proceso, pero no me asustaba.

La preparación del mole era otra experiencia que había que ver, también venía otra señora a ayudar a la preparación; con sus manos diestras, Juanita, se ponía a moler todos los ingredientes en el metate: varios tipos de chiles, jitomates, ajos, chocolate, entre otros, para después agregarlos poco a poco en una cazuela de barro puesta sobre

un anafre, que lentamente comenzaba a desprender olores deliciosos. Cuando la comida estaba lista, se ponía la mesa. Mi abuela, siempre muy arreglada, recibía a los invitados en la sala.

Ocho días más tarde, el 16 de diciembre, empezaban las posadas. En el barrio donde está la casa de la abuela solía haber siempre una o más cada día, que reunían a todos niños y adolescentes del vecindario. Eran posadas en forma, todo iniciaba con los niños formados siguiendo a las Andas, una representación con las imágenes de bulto del Señor San José y de la Virgen María, que va sentada en un burrito, en su camino de Nazareth a Belén y que encabezan la procesión pidiendo posada. A todos los niños nos repartían velitas de cera de colores, el libro con los cantos para pedir posada y luces de bengala. Después de dar una vuelta o dos por la calle, llegábamos a la casa que era la anfitriona de ese día, o más bien, de esa noche (porque todo se hacía en la noche), y comenzaban los cantos: “Eeen eeel nombre del cieelo/Ooos pido posaaada/Pueees no puede andaaar/Miii eesposa amaaada”. Dentro de la casa, los adultos y niños que hacían de posaderos respondían: “Aaaquí no es mesooón/Siiigan

aaadelante/Yo no puedo abriir/No sea aalgún tunaaante”.

Así seguíamos hasta llegar el momento en que finalmente se abrían las puertas de la casa y todos entrábamos entonando aquello de: “Entren santos peeeegrinos, peeeegrinos, reciban este rincón, aunque es pobre la moraaada, la moraaada, os la doy de corazón”. Y entonces encendíamos todas nuestras luces bengala, una tras otra, mientras íbamos entrando y acomodándonos en la casa.

Después, se rezaba la parte del novenario que correspondía y, al terminar los rezos, seguían los cantos para pedir los dulces: “Ándale Pedro, sal del rincón con la canasta de la colación”; “Ándale Juana no te dilates, con la canasta de los cacahuates” y “En esta posada nos dieron piñones porque Emiliano empeñó los calzones”.

Los que ofrecían la posada repartían canastitas de papel de china o papel crepé azules, amarillas, rojas, verdes, con colaciones de colores, botellita de anís, chocolatitos con alegría y peladillas.

Luego, se empezaba a oír: “No quiero oro ni quiero plata, yo lo que quiero es romper la piñata”, lo que significaba que había llegado el momento de romper las piñas. Formados por estaturas, del más chico al más grande, todos queríamos pegarle a la piñata, lo cual no era fácil pues se tenía que intentar con los ojos vendados, mientras la piñata subía y bajaba, engañando al que le tocaba en turno.

Las piñatas eran ollas de barro, hechas exprofeso, forradas de papel crepé, para formar una rosa, o de papel de china y papel charol para la estrella, cuyas puntas eran un trofeo útil pues servían de cucurucho para guardar las cañas, mandarinas, cacahuates, tejocotes, limas, naranjas y hasta guayabas que contenían las piñatas.

Además, para que nadie se fuera sin su fruta (porque no había alcanzado a atrapar mucha o porque no se hubieran aventado a la piñata), se repartían bolsas de papel de estraza con más fruta. Para beber había ponche y algunas veces también se ofrecían buñuelos. Así que uno salía de las posadas con un montón de dulces y frutas.

La última posada era en la Nochebuena, pero esa posada era la casa de la abuela, pues era el preámbulo a la cena de Navidad, que en mi familia siempre ha sido motivo de reunión. Pero de eso les contaré en otra ocasión.

¡Feliz navidad!

¿Cuándo y cómo supieron?

“En cuanto me desperté corrí hacia el artificial pino y descubrí que entre todos los regalos había varias cajas rectangulares con tarjetas a mi nombre”.

Patricia Vega

¿Cuándo y cómo supieron que Santa Claus era un personaje ficticio y que, en realidad, eran nuestros papás y mamás quienes antes del amanecer del día 25 de diciembre colocaban, de manera secreta, regalos bajo el árbol de Navidad?

Yo lo descubrí en la ciudad de Tijuana, tendría unos cinco años cuando cursaba el segundo año de la educación primaria. En el camión escolar no faltó la niña que, siendo mayor que yo, acabó de un tajo con mi credulidad al espetarme una frase demoledora: “¡Santa no existe, lero-lero!”.

Todavía recuerdo que cuando llegué a casa iba anegada por un mar de lágrimas. Mis propios papás me habían mentido a pesar de que casi todos los días las monjas de la escuela nos aleccionaban sobre la maldad de decir mentiras. Gran contradicción: desde ese momento me topé con la paradoja imbricada en el proceso de “hacerse grande”; es decir, de aprender a lidiar y convivir con mentiras de todos tamaños y sabores. Y así, casi sin darme cuenta, ese sabor agrídulo fue sustituido por un reconocimiento a mis padres por el esfuerzo sostenido para no ser descubiertos por una niña metichona.

Una de las últimas navidades en las que todavía creía, ingenuamente, en la mágica omnipresencia de un barbudo y sonriente Santa Claus —es así como le llaman en *gringolandia*— en un trineo cargado de regalos y a remolque por renos voladores ocurrió en la ciudad San Diego, California, ubicada en el otro lado de la frontera entre México y Estados Unidos.

Y ahí sí —en los primeros años de la década de los sesenta— que mi mamá

se voló la barda. Mis padres vivían ya inmersos en su proceso de separación por “diferencias irreconciliables”. Supongo que mi mamá no quiso pasar la Navidad en Tijuana con la única compañía de su pequeña hija. La casa familiar lucía triste sin los típicos adornos navideños. En medio de la ruptura, mi madre no había tenido el ánimo para dedicarse a los menesteres decorativos de la temporada, por lo que decidió aceptar la invitación de unas buenas amigas para cenar en otro lado.

Me enteré de sus arteros planes cuando nos subimos al auto para cruzar la frontera. Una incertidumbre angustiante me cerraba la garganta: cómo le iba a hacer Santa Claus para saber que no pasaríamos esa noche en casa y, más aún, que estaríamos a varios kilómetros de distancia e incluso en un país distinto al nuestro.

En esos momentos no había manera

de convencerme para dejar de llorar y así me la pasé durante todo el trayecto hasta que me quedé dormida en el auto. Al llegar a casa de sus amigas, ya en el otro lado, mi mamá me despertó para entrar a un territorio comercialmente perfecto y muy a tono con la época navideña: árbol artificial con nieve más artificial todavía y cargado con esferas y focos de colores; los tradicionales christmas carols songs en inglés —Hooly night, Siiileent night...—, muchos Santas con renos por todos lados, medias colgadas frente a una chimenea también rete artificial y una cena con un pavo al horno como elemento central.

A mi mamá sus queridas amigas le facilitaron una tarea que entonces adquiriría tintes titánicos: olvidar la ausencia del padre y convencer a una angustiada niña de que todo estaba bien porque como para Santa Claus no había imposibles, él ya estaba enterado de mi nueva dirección provisional y no necesitaba de ningún mapa para llegar. Las bondadosas y convincentes amigas de mamá me retaron a comprobarlo al despertar a la mañana siguiente.

Todavía me faltan palabras para comunicar de una manera vivaz la sensación de anticipación que viví la noche del 24

para amanecer el 25 de diciembre de ese año. En cuanto me desperté corrí hacia el artificial pino y descubrí que entre todos los regalos había varias cajas rectangulares con tarjetas a mi nombre.

¡Santa lo había logrado!

Rasgué las envolturas con gran ansiedad y descubrí en que dentro de las cajas había varias muñecas Barbie muy de moda y que habían sido creadas en 1953 por Ruth Mosko, apenas cuatro años antes de mi nacimiento. No niego que durante los primeros años de mi infancia fui víctima de la publicidad al ignorar por completo que la versión gringa de Santa Claus había sido popularizada por la también gringuisima marca Coke.

El remedio llegó cuando mis papás me trajeron a vivir a la Ciudad de México con sus tradicionales tres Reyes Magos, que cada año llegaban a la capirucha del país con todo y pesebres para celebrar el nacimiento del niño Jesús con la promesa de buen comportamiento y renovación espiritual.

El cambio de tradición no fue rápido ni sencillo, pero me acostumbré a escribir cartas a los Reyes Magos con reseñas de mi buen comportamiento a lo largo del año y a esperarlos en casa —también cargados de regalos—, durante la madrugada del 6 de enero. También aprendí a partir la rosca de pan —acompañada con chocolate— y a “levantar” de su pesebre al niño Jesús para vestirlo el 2 de febrero, la misma fecha en la que celebramos el Día de la Candelaria con unos ricos tamales que refrendan el aspecto sincrético de la peculiar tradición cristiana que se practica en México.



Foto: Especial

SALDOS Y NOVEDADES

Regalo de Navidad... en febrero

“Mientras nuestros compañeros celebraran en sus casas con sus familias, como todo mundo y como Dios manda, los dos “guardias” estaban muy atentos a cualquier hecho noticioso”.

Por Gerardo Galarza

Es un lugar común decir y saber que las grandes ciudades nunca duermen. Y la de México y sus municipios conurbados en una de las grandes urbes de este mundo nuestro.

Quienes aquí vivimos o vivimos en algún momento estamos absolutamente ciertos que nuestra chilanga ciudad nunca duerme.

Y si, por simple lógica, nuestra ciudad nunca duerme, es por obra y gracia de quienes viven y transitan en ella a lo largo de 24 horas al día todos los días.

Es imposible pensar en una ciudad donde, en las horas de la noche y la madrugada, por simple ejemplo, no haya enfermeras y médicos que atiendan a pacientes graves o en recuperación en hospitales públicos y privados; bomberos listos para apagar cualquier fuego, meseros que sirven a los comensales retrasados -muchos de ellos ebrios- en restaurantes de postín (así se decía antes) o en cantinas o fondas que ya deben cerrar; panaderos que hacen para pan para que salga caliente a la venta; taxistas que llevan a los desvelados a sus casas; aquellos que limpian los grandes centros comerciales que a la mañana siguiente abrirán relucientes; los que hacen los periódicos y los reparten y venden, y los noticiarios de radio y televisión matutinos; quienes limpian las calles; los taqueros que velan por aquellos que vienen de la parranda; empleados de las funerarias; ministerios públicos y peritos que recogen cadáveres; talacheros que cambian llantas, y lo que usted sepa, quiera agregar o imaginar.

Las grandes urbes nunca duermen. Ni siquiera en Navidad o Año Nuevo.

¿Alguna vez usted ha imaginado que las noches de Nochebuena-Navidad y Año Viejo-Año Nuevo haya quienes trabajan para que su ciudad siga funcionando?

No, seguramente, pero son muchos quienes lo hacen...

Y es muy complicado, desesperante y triste darse cuenta de ello cuando uno está a media calle las medias noches del 24 de diciembre y la del 31 de diciembre, mientras los demás celebran las fiestas familiares por antonomasia, mucho más allá de los cumpleaños.

Pues sí, hay quienes trabajan esas noches.

El escritor fue uno de ellos.

Ni lo sabía ni lo imaginaba.

Hace 45 años, lo hizo.

Sin querer. ¡Vamos!, sin pensarlo.

Ni siquiera sabía de su obligación.

El escritor era el más joven, el novato, el “hueso”, en la redacción de la agencia informativa CISA, de la revista *Proceso*, como parte de sus prácticas profesionales del último semestre de su carrera universitaria. Y no sabía, aunque soñaba, que ya trabajaba ahí.

Así fue como en las órdenes de información para los reporteros de esa agencia, en la semana que abarcaba el 24 de diciembre y 31 de diciembre del 1978, su apellido apareció por vez primera en aquellas hojas de papel revolución que se colocaban en el tablero de avisos, como responsable de la guardia nocturna.

No pensó en reclamar. Una orden de trabajo era eso: una orden de trabajo.

Aunque fue hace tiempo no recuerdo ninguna noticia digna de estar en la primera plana de los periódicos del 25 diciembre de 1978 o del 1º de enero de 1979, así fuera de cualquier periódico de provincia. Vamos ni siquiera de algún evento deportivo importante. Quizás las fotografías de los



Emilio Hernández, Sonia Morales, Gerard Galarza, Armando Ponce y Julio Scherer García.

Foto: Especial

fuegos pirotécnicos de las celebraciones. Fueron días y noches de fiesta, de gozo o cuando menos distracción en y para la mayoría del mundo.

Pero, había que estar ahí en la Redacción de la calle de Fresas # 13, en el corazón de la colonia Del Valle, junto con un compañero que hacía las transmisiones a los medios de información clientes de CISA, a través de dos télex. Algunos de ustedes ignoran, pero en ese entonces -no tan lejano, aunque así se crea- no había ni siquiera telefax, mucho menos internet. ¡Vamos! tampoco las computadoras de uso comercial. Había télex, unas máquinas maravillosas que “leían” una cinta amarilla “picada” previamente para transmitir palabras en ellas grabadas.

El caso es que mientras nuestros compañeros celebraran en sus casas con sus familias, como todo mundo y como Dios manda, los dos “guardias” estaban muy atentos a cualquier hecho noticioso que podría ocurrir en la ciudad, en el país o en el mundo (en este caso a través de agencias de noticias internacionales, que transmitían de la misma forma).

Es de reconocerse que aquel día el jefe de información se portó generoso y decidió que esas dos noches “el cierre” de las transmisiones fuera a las 12 de la noche y no a la una de la mañana, como era costumbre.

Salir a la calle a la medianoche era posible entonces, no sin riesgos ni precauciones, pero no se llegaba al terror.

Recorrí caminando toda la calle de Fresas rumbo a la avenida Félix Cuevas hasta la parada del trolebús frente al café Vips, que estaba frente a la entrada de la entonces tienda De Todo, en espera de ese vehículo rumbo a la calzada de Tlalpan y ahí conseguir un taxi que me llevara al departamento, abandonado desde días antes por mis compañeros -hoy llamados “roomies” o algo así- para pasar la fiesta con sus familias en Guanajuato. Pues sí, también hay operadores de transporte público trabajando en las noches...

Sí, fue difícil pasar en soledad las noches de fiesta de Navidad y Año Nuevo, las primeras y tal vez únicas en la vida. El oficio lo exigió, como los oficios y profesiones de muchos, tal vez miles de otros, que esa misma noche tuvieron que trabajar porque así se requería.

Ninguna queja y sí un gozo vital posterior, que sobrevive,

En la siguientes semanas, mi apellido siguió apareciendo en aquellas órdenes de trabajo. Un buen día, en la segunda semana de febrero de 1979, cuando muchos de mis compañeros entregaban sus recibos de cobro salarial, el jefe de información suplente me preguntó:

-Y tú, ¿ya entregaste tu recibo?

-No. No sabía que había que entregarlo.

-O sea, nunca has cobrado. ¿Desde cuándo trabajas aquí?

-No, nunca. Llegué el 29 de noviembre a prácticas profesionales.

-Mmmm. Consíguese un recibo de honorarios, pregunta cuánto ganan tus compañeros de la “guardia” y entrégalo. Por lo pronto cobra un mes y luego ya vemos. Yo lo autorizo.

Así recibí mi primer salario como reportero profesional. Antes había hecho periodismo juvenil, pueblerino, estudiantil, durante más de siete años sin recibir ni reclamar salario alguno.

Fue el mejor regalo de Navidad, aunque lo haya recibido en febrero. Supe entonces que ya podía presumir que trabajaba en la agencia noticiosa de la revista *Proceso*. Como reportero no podía haber ni hubo mejor regalo. Además, tres semanas antes a la misma Redacción había llegado para ayudar informativamente con la visita del papa Juan Pablo II, Sonia Elizabet Morales, sin imaginar entonces -dice el clásico lugar común- que viviríamos la vida juntos.

El tunante

“Los jóvenes se apropiaban del relleno de las piñatas entre las que introducían alguna con bolsitas de harina o con aguacates y zapotes negros”.

Por Carlos Ferreyra

Era un mundo, un país, una sociedad tan distinta como no es posible concebirla en la actualidad.

Como parece ser el sino de nuestra nación, resabios de una guerra religiosa, los fastos patrióticos y los religiosos se realizaban separados. Cada grupo tenía sus meses reservados.

Así, septiembre era un destello de luces multicolores con acento en el verde blanco y colorado, la bandera del soldado gritábamos a pulmón abierto en las escuelas. La Patria en el corazón.

Contando Semana Santa y otros festejos católicos, el mes de Diciembre era casi totalmente asignado a festejos religiosos, con énfasis en la celebración a la Guadalupana y la Natividad.

En torno, la Concepción de María y las esperadas posadas con sus cantos, letanías, dulces, frutas y piñatas.

Las piñatas eran motivo de regocijo infantil. Los menores pasaban varias tardes cortando y enchilando las ollas de barro desechadas que contendrían las colaciones.

Con cuidado se colocaban los siete picos que formarían la estrella, cada uno representando un círculo o antro infernal: ¿Dante, Mictlantecutli? A saber...

El país se enorgullecía proclamándose soberano. Dueño de sus decisiones, en diciembre estaban concluidos los ciclos escolares. Descanso absoluto todo el mes.

El año lectivo en todos los grados, incluso el profesional, se regía por criterios estacionales propios, pero a alguno se le ocurrió unirse a la junta educativa de Washington.

Algo similar con el horario de verano para acoplarse a los tiempos de la Bolsa de Nueva York, sin entender que los

capitales se ligan al becerro de oro y los tiempos horarios.

El Bajío era considerado el Granero de la República, de allí el orgullo soberano y la tranquilidad con que se tomaban decisiones de orden interno sin importar lo que asumían en otros países.

Las únicas restricciones eran las impuestas por la Iglesia y abarcaban o beneficiaban a todas las creencias.

La visita a la Guadalupana, el día del festejo o cualesquiera otros, era inevitable y los protocolos de las posadas inviolables, rígidos como ceremonia castrense.

Cada posada se acordaba con la familia, los vecinos o inclusive el barrio entero.

Aparte de las piñatas, a las niñas les correspondía armar las canastitas con dulces de época como los cacahuates garapiñados para los visitantes adultos.

Los jóvenes se apropiaban del relleno de las piñatas entre las que introducían alguna con bolsitas de harina o con aguacates y zapotes negros.

Al romperse la piñata, el clavado de niños y jóvenes era instantáneo, por lo que el atascadero y la ropa manchada delataba a los más audaces.

En cada posada, los anfitriones quedaban al cuidado del No Nato, mientras sus progenitores clamaban por un albergue. Los peregrinos llamaban a la puerta pidiendo posada en nombre

del Cielo. Dentro les respondían que allí no era mesón y que siguieran adelante porque quien llamaba podía ser un tunante.

Cosas de la fe. Nos importaba un cacahuete quién o qué fuese eso del tunante. Sabíamos eso sí, que a renglón seguido los más alborotados iban a apalear la piñata mientras los adultos hacían corrillo y bebían con gran empeño, te tíos bautizados con charanda.

En otros lugares sería sotol, tequila o marrascapache. Lo importante era que el té no se fuera sin bautizar.

Llegaba el mero día para levantar al Infante. El canto se aligeraba, las voces de las mujeres se volvían cantarinas, alegres en espera de que, al fin, la Sagrada Familia era amparada y alojada.

Mientras abrían el zaguán de par en par, se oía: Entren Santos Peregrinos, reciban este rincón.

Educados aquellos años en la constante crítica a los vecinos del norte, así como a los criminales que arrasaron con nuestras culturas, la chiquillada salía a la calle para vociferar sus propios versos.

Entre tanto perro gringo, perro gringo que nos roban de a montón.

En la parte festiva que pide confites y colaciones, se escuchaba: Echen tamales y harta comedera porque los gachupas no tienen llenadera.



Foto: Especial

“Fue un éxito histórico. La gente se nos amontonaba, al grado de entorpecer el tránsito en torno a la plaza. Al gendarme que nos quiso sacar una “mordida” le regalamos sus tarjetas y se fue feliz...”

Por Francisco Ortiz Pinchetti

Siempre pensé que había que aprovechar el consumismo navideño de diciembre para ganar algún dinero. Miraba yo como la gente gastaba desafortadamente y sentía que dejaba ir la oportunidad. Alguna vez, todavía adolescente, se nos ocurrió a mi primo Romeo y a mí vender fotos de los niños con Santa Clós, que se tomaban en la Alameda. Y si: acudimos a la agencia que comercializaba esos “recuerdos de temporada”, como ellos les llamaban.

El mecanismo era sencillo: los patrones contrataban señores pachoncitos, los vestían de Santa Clós y los instalaban en un set alusivo, donde tomaban las fotos y pedían la dirección del cliente para hacérselas llegar a domicilio. Uno iba a la agencia y escogía determinada colonia y de hecho compraba las fotos a razón de cinco pesos cada una, para revenderla al cliente en diez pesos, el doble. La ganancia era del 100 por ciento, aunque el asunto tenía sus riesgos. Uno era que la dirección fuera falsa. Otra, que se hubiera dado un anticipo, lo cual reducía la ganancia. El tercero y más frecuente era que el cliente no se interesara, porque no le gustaba la foto o porque a la mera hora no quería gastar. Y uno no tenía opción de devolverla.

Tiempo después me metí al negocio de las tarjetas de Navidad. Primero lo hice a través de los catálogos que ofrecía las imprentas. Uno ofrecía las tarjetas a los presuntos clientes, que tenían la opción de que se imprimiera en ellas una bonita leyenda navideña y su nombre. En esos tiempos se usaba mucho el envío de tarjetas por correo. Era una buena chamba, aunque a la hora de la hora el que se llevaba la mayor parte era el proveedor.

Derivado de esa actividad, se me prendió el foco: adquirir mi propia impresora para hacer el negocio completo yo solo, o con la ayuda de agentes a los que explotaría como lo hacían conmigo. Así que fui a los portales de Santo Domingo, en el Centro Histórico --la de los famosos



Tarjeta de Navidad

¡Tarjetas de Navidad, tarjetas!

“evangelistas” que es criben cartas de amor al gusto del cliente--, donde existen pequeñas imprentas dedicadas fundamentalmente a la impresión de invitaciones de boda o quince años, tarjetas de presentación y, en temporada tarjetas navideñas. Pregunté y di con alguien que vendía una prensa de mano usada, a buen precios: dos mil 500 pesos de entonces. No me acuerdo cómo le hice para llevármela porque era de puro fierro y pesaba horrores, pero el caso es que logré cargarla e instalarla en un cuarto de azotea que mi amigo Vicente Gómez, compañero de la prepa, consiguió con su papá. El señor rentaba una accesoria donde vendía aceite para auto en la avenida Pedro Antonio de los Santos, en la colonia San Miguel Chapultepec, cerca de Tacubaya. Y tenía derecho a un cuartito en la azotea, que no ocupaba. Ahí instalamos nuestra imprenta.

Mi hermana Margarita se interesó en la venta al público de las tarjetas, que adquiríamos en los expendios de las calles del Centro, impresas con su leyenda

y el nombre del cliente. Y el negocio empezó a jalar, relativamente.

Hasta que tuve una idea genial: comprar con el mismo distribuidor tarjetas de saldo del año anterior, que vendían sumamente baratas, trepar la prensita en la camioneta Renault de Vicente y pedirle a mi primo Romeo que se incorporara al “staff”, para ir a vender tarjetas de oferta a Pachuca, ciudad en la que yo había vivido exiliado un año. Así que tomamos carretera y nos plantamos en el mero zócalo de la Bella Airosa, donde está el famoso reloj. La promoción era atractiva, al alcance de quienes normalmente no podían darse el lujo de mandar imprimir sus tarjetas de Navidad en una imprenta: “25 tarjetas por 25 pesos, con su nombre y el mensaje de su elección”. Nos repartimos la chamba: mi primo, encargado del cobro y la entrega de la mercancía, Vicente, a cargo de la prensa de mano, y yo, en la sección de formación, colocando las leyendas previamente paradas en linotipo y el nombre del susodicho cliente, formado con tipos móviles.

“¡Lleve sus tarjetas de Navidad, tarjetas impresas con su nombre y el mensaje de su preferenciaaaa!”, gritaba el gran Romeo a los cuatro vientos.

Fue un éxito histórico. La gente se nos amontonaba, al grado de entorpecer el tránsito en torno a la plaza. Al gendarme que nos quiso sacar una “mordida” le regalamos sus tarjetas y se fue feliz. Algunos se llevaban sus tarjetas y al rato regresaban con un hermano, una cuñada, un amigo al que habrían comunicado el acontecimiento. En dos, tres horas se nos agotaron las tarjetas. Todas.

A pesar de tan venturosa experiencia, que nos hizo pensar en una gira por diferentes ciudades cercanas a la capital, la desidia o la llegada irremediable de las posadas y demás festejos navideños nos hicieron abandonar esos planes, que se quedaron para mejor ocasión: nunca. No obstante, esa experiencia es uno de los más agradables recuerdos que conservo en relación a las fiestas decembrina, a las que siempre pensé sacarles raja.

Por Ivonne Melgar

¿Qué es una ilusión? ¿La persecución de un acto de fe? ¿El gozo de una espera? ¿La emoción por un algo? ¿Una idea convenida que sobre valoramos entre muchos?

Lo pregunto ahora que dos ilusiones navideñas cercan la memoria de diciembre y sus inescapables ecos.

Lo digo recordando dos momentos en que la realidad estalló frente a mí, desarmándome.

Ilusiones rotas como una alcancía de barro sin monedas. La mía primero y la de mi hijo Santiago tres décadas después.

Supongo que era la Noche Buena de 1969 o 1970. Porque aún no sabía escribir y las peticiones al Niño Dios debieron ser verbales, al aire, en una carta imaginaria.

Aunque pudo suceder también que, en medio de la ilusión, nuestra madre tomara apuntes de nuestros deseos: un carrito de pedales para mi hermana Gilly y una bicicleta para mí. Que fueran los mismos que habíamos visto en la gasolinera de la esquina de la casa. Por favor, Niño Dios, iguales. El carrito era un caparazón plástico color mostaza y la bici en realidad era un triciclo grande.

Estábamos en Usulután, el Departamento -como se les denomina a las entidades de El Salvador- donde vivían nuestros abuelos paternos: Miguel Melgar y Rosa Brizuela. Llegábamos en el Tren Bala que iba hasta el oriente del país. El recorriendo era tedioso, por las diversas paradas que se hacían, y en ocasiones nocturno.

En esa temprana infancia las navidades fueron ahí, hasta que Don Miguel y la Niña Chita, como les decían sus hijos, se trasladaron a San Salvador.

Y creo que ese, el diciembre de la ilusión fracturada, fue el último que pasamos en Usulután.

Las vacaciones eran largas porque coincidían con el cierre del ciclo escolar y nuestros padres, Candy y Luis, eran maestros. Ella estudiaba además por las noches en la Universidad de El Salvador y él ya era parte del personal docente.

La casa de los abuelos Melgar Brizuela era amplia, con muchas puertas de madera, un largo pasillo que del lado derecho tenía los cuartos aldaños y del otro daba al jardín primorosamente cuidado por nuestros anfitriones, siempre dispuestos a atendernos.



(Des) Ilusiones Navideñas

Para Gilly y para mí, lo más importante era la enorme pila de agua en la que nos dejaban bañar todo el día, como si se tratara de una alberca.

El calor salvadoreño, acentuado en el oriente del país, justificaba aquel desarrreglo doméstico que nos era permitido con cariño y alegría, pese al carácter estricto de Mamá Rosita con los asuntos de la casa.

Junto a la pila de agua había una especie de bancas de cemento, donde pasábamos la siesta cuando nos agotaba el chapoteadero y la modorra que el clima húmedo y caliente imponen.

Ese 24 de diciembre de 1969 o 1970 nos dormimos ilusionadas y corrimos a la pila de agua, imaginando que ese era el mejor lugar donde podían encontrarse nuestros regalos.

No había nada.

Lo que siguió tras el desencanto no se si fue un sueño, un diálogo imaginario, el intento de una explicación de Candy y de Luis o la pesadilla del silencio buscando un por qué.

En resumen, sin embargo, la realidad se plantó frente a mí: los gastos familiares eran grandes, el Niño Dios no existía, las niñas inteligentes debían saberlo y las

“De entonces a la fecha, nuevas ilusiones nos unen: la canción y las palabras que cada uno tiene para describir el ciclo que termina, las comilonas, los regalos elegidos con el mejor amor posible, el juego de las confesiones y la imaginación de un mejor año”.

hijas conscientes comprenderlo para bien de ellas y sus padres.

¿Cuándo estuve en edad de asimilar aquella advertencia? Imposible rescatar de la memoria la frontera entre el sentimiento de frustración de *por qué a nosotras nos pasa eso, si nos portamos muy bien* y el colofón de un razonamiento acumulado agradeciendo la radicalidad de esa máxima de que a los niños no se les debe mentir.

Y justifico la falta de claridad en mis recuerdos porque en los años siguientes, Candy y Luis escondieron nuestros regalos en el clóset y los colocaron en la madrugada del 25 en las almohadas y los espacios laterales a las camas. Eran muñecas, rompecabezas, bicicletas y patines que previamente habíamos descubierto mi hermana y yo. Pero al recibirlos, simulábamos sorprendernos.

La gratitud por esa madre hermosa que iba al centro por los juguetes del Niño Dios y se las arreglaba para revivirnos la ilusión se volvió la mejor escenografía navideña de la vida cuando me tocó la suerte de hacer lo propio.

Acaso por aquella desilusión temprana y la deliberada militancia amorosa de Martín por nuestros hijos, la compra de los regalos de Reyes para Santiago y Sebastián tuvo una de las mejores místicas que como pareja construimos: además de las cartas y las conversaciones con los niños, recorriamos almacenes, elegíamos lo que a nuestro entender era lo mejor de la temporada y diseñábamos la logística del resguardo con esmero.

Hubo ocasiones en que peinamos varias tiendas buscando alguna petición agotada por la moda y la demanda; otras

en que ante la indecisión de qué modelo era más bonito, preferimos pecar de consumistas; sin faltar las dificultades para decidir cuál sería el distintivo para cada uno de los niños cuando los juguetes solicitados eran los mismos.

Qué felicidad capitalista aquella de salir a cumplir al pie de la letra las cartas a los Reyes Magos.

Alguna vez lloramos de ternura escuchando a Sebastián decirnos que sólo quería un perrito que caminara y ladrara como los de a veras. Horas y horas buscándolo, hasta encontrar aquel cachorro que operaba con pilas.

El paraíso de diciembre se redondeaba con posadas donde nunca importó a qué candidato le ibas porque nuestra única competencia era con los demás periódicos y los compañeros de la fuente.

Y en el clímax de las ilusiones cumplidas, llegó enero quizá del año 2001, 2002, en la antesala del gran día. Ese 5 de enero llegamos de la escuela y nos sentamos a comer. Martín vendría hasta la noche. En la cajuela de su carro estaban los regalos.

Serio, Santiago me miró a los ojos y dijo un largo Mamá. ¿Qué pasa mi vida?, pregunté. "Sólo quiero saber si los papas son los Reyes".

Ahora que trato de imaginar mi triste y desolado rictus intento abrazarme, más aún ante la impotencia de mi sinceridad sin filtro, acaso marcada por mi propia infancia. "Sí, Santi", respondí impactada.

El niño se paró de la mesa recriminándose haber sido un bobo, esa palabra utilizó, frente al compañero que se encargó de romperle la ilusión, retándolo a probar la verdad.

Esa tarde el agobio de una nueva realidad se hizo cargo de mi descubrimiento: no estaría en mis manos evitar el descalabro de los que amo.

Ilusión, según la REA: "Concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos".

De entonces a la fecha, nuevas ilusiones nos unen: la canción y las palabras que cada uno tiene para describir el ciclo que termina, las comilonas, los regalos elegidos con el mejor amor posible, el juego de las confesiones y la imaginación de un mejor año. Porque de las ilusiones perdidas y pendientes sigue estando hecha la vida y la feliz navidad que siempre esperamos tener.

Por Francisco Ortiz Pardo

Con el habitual mordizco a la vida, estamos ya metidos en el ritual del consumismo navideño, que después dará paso a los brindis y convivios de fin de año con el consiguiente desquiciamiento de la ciudad y los estados de ánimo alterados. Sentiremos que cumplimos con un ritual que compartimos con "los otros" para no andar "fuera de onda" y padecer la soledad (que nadie padece entre nochebuenas). Luego vendrán eso que llaman "posadas" sin serlo, sin canastillas de colaciones ni piñatas, en los festejos que forman parte del puente Guadalupe-Reyes, que es el premio anual por la cantidad de series de Netflix y otras "plataformas" que sustituyen lecturas de libros.

No seremos valientes para procesar las pérdidas sino para ahogarlas en el vino. No eludiremos el convivio que nos fastidia ni los rostros groseros de quienes preferían otro novio o esposo para su hija. Nos envolverán esos cinturones de castidad de la familia. En cada recalentado. Nosotros mismos los ajustaremos al chocar las copas sin mirar a los ojos. Nos enojaremos para no aclarar, o nos desapareceremos de un whatsapp para no decir "lo siento" o un "quiero verte". No parecer un grinch será el objetivo, porque si se está contra la vorágine, si no se fabrican muñecos de nieve donde no nieva, nos echarán a las intrigas tras bambalinas. Declararemos la tregua a guerras sin solución. Pondremos la otra mejilla solo un ratito.

En las charlas de cierre de año volveremos a repetir: ¡Qué rápido se fue el año, como arena entre las manos! Hablaremos de los nuevos proyectos engañando no solo al pasado, sino al presente. Seremos nostálgicos sin reconocer que extrañamos a alguien. Borrón y cuenta nueva, la vida sigue, las vueltas de página... la *no historia*. La levedad del ser, alguien dijo. Rápido se nos olvidará la dicha que tuvimos por ver sanado a un familiar; no pensaremos en lo vulnerables que somos, nos sentiremos otra vez inmortales. Ni un poema merecerá lo que hemos vivido.

Volveremos a no reparar en la esencia de la fiesta, donde las esferas de un árbol navideño reemplazarán los amores que negamos, que nos negamos. Si caen se romperán y pondremos otras. Son desechables. Si la tristeza invade, lo que tocará será eludirla y convertirla en enojo, en irritabilidad, en la parte más egoísta de nosotros, donde será correcto pensar en lo que nos ocurre pero no en el dolor de los demás, ni siquiera cuando nosotros lo provocamos. "No somos perfectos" repetiremos en esa obviedad con la que tiene que aclararse el ególatra. Releeremos el manual donde dice sin dar detalles ni argumentos que "uno es primero".

Pasaremos de largo frente a los *porcionistas*, no con la deuda de no regalarles algo, sino con la indiferencia. En algún momento de la temporada nos acordaremos de los pobres con el deseo de tener la fortuna de comer en restaurantes de lujo. No importará que nos

La misma Navidad

"Volveremos a no reparar en la esencia de la fiesta, donde las esferas de un árbol navideño reemplazarán los amores que negamos, que nos negamos. Si caen se romperán y pondremos otras. Son desechables".



autodefinamos como "de izquierda" o que pensemos que somos diferentes a los que "no se ponen del lado de la historia". Cultivaremos en nuestros hijos lo que ellos sí merecen, que no el resto de los niños del mundo, muchos de los cuales hoy son amenazados por las balas y el hambre. Los sobreprotegeremos del mundo infame; no importa que cuando crezcan no se sientan siquiera capaces de tener compasión... porque son de "cristal". Vestiremos nuestros perritos con gorritos de Santa Clós, ¿por qué no habrían de tener su regalo de Navidad, si son parte de la familia?

Nos abrazaremos como no lo hacemos en el resto del año. Nos daremos los parabienes y nos retacaremos las redes sociales con el deber ser de quien desea a los demás lo mejor, solo por decirlo como eslogan.

Desearémos, no nos solidarizaremos. Unos criticaremos el *Merry Christmas* y otros los villancicos. Los más agnósticos verán como raros a los que todavía ponen un belén con pastorcitos y animalitos alrededor del niño. Renegaremos de una historia tan nuestra como el mestizaje porque preferimos exaltar la dicha de "tener" en esta Navidad la voluntad: "Abriremos puertas y ventanas de par en par". A la vez nos pondremos nuestro verdadero disfraz, que no es el que se usa en el Halloween.

Volveremos a pensar, en el último aliento de la temporada, en lo que ahora sí, en el nuevo año cumpliremos. Nos pondremos los calzones de tal o cual color, según sea la carencia. Antes que la salud pediremos dinero, "prosperidad". Antes que la uva por la buena vida para el otro,

serán seis por mí. Un año "feliz y próspero", lo que ello signifique. Otros habremos de vivir el *adviento* sin faltar a la misa pero sin conocer su significado. Luego tiraremos la casa por la ventana.

No debemos preocuparnos. Pronto estará más que normalizada la vida donde nada nos llena, ni la mentada prosperidad. Eso es lo que hace funcional el capitalismo, no "la derecha". Nos olvidaremos de hacer ejercicio y alimentarnos mejor; de procurar a los amigos. Volverá el "deber ser" y ya no tendremos tiempo más que para nosotros. Demandaremos —eso sí— la obligación de los demás para con uno, solo por nuestra bonita cara. Será otra vez la epidemia donde fingiremos que nos necesitamos. Luego para febrero despilfaremos el amor que alguien nos ha dado, o a más tardar para abril o para mayo, como dice la canción. Seremos desleales, no daremos explicaciones a nadie porque no tenemos por qué darlas.

Repetiremos nuestra historia porque así nos gusta la Navidad y el Año Nuevo, con esa "paz", aunque cada 25 de diciembre y cada 1 de enero nos despertemos con la cruda a la que confundimos con el *sin sentido*.

Lo importante será ganar el juego de no ser descubiertos en esas tristezas nuestras. Los otros 11 meses del calendario serán para reciclarlos, hacernos los invencibles, prescindir de dar la mano. Habrá que reinventar nuestras mejores frases de corrección política. Será importante ser reconocido como alguien justo. Y creer que cada luna llena es otra luna. Cuando esta Navidad haya pasado, y también la otra, el mundo seguirá siendo el mismo.

Amor

Por Luis Mac Gregor Arroyo

En la Navidad se celebra el nacimiento de Jesús de Nazaret, personaje al que muchos veneran como al hijo de Dios, otros lo ven con simpatía y otros simplemente ni les va ni les viene o, inclusive, prefieren no tener nada que ver con él: sin embargo, hay quienes afirman que Jesús es amor. Independientemente de lo que creamos o no de ese personaje, que vivió aproximadamente hace dos mil años, la verdad es que la palabra amor es básica para muchos de nosotros cada 25 de diciembre.

Pero qué hemos hecho para amar al prójimo, a la naturaleza o a nosotros mismos en nuestra vida... ¿Vemos a nuestros seres queridos aunque sea en esa fecha? ¿Nos buscan y piden que compartamos con ellos la cena de Nochebuena o el recalentado de la Navidad? ¿A cuántos necesitados hemos ido a repartir mantas contra el frío durante el año como un gesto de caridad o amor? ¿Cuántas veces en el último lustro hemos salvado nuestra relación amorosa o simplemente como Grinch cualquiera no nos hemos esforzado y vamos con lo que sigue?

No puedo hablar por lo que desconozco, pero sí puedo hacerlo por mi propia experiencia. Antes –más joven que ahora– era mucho muy tímido, no me atrevía a decirle ni hola a alguna mujer que me gustara. Así que dejé pasar oportunidades de oro –por docena– para tener un noviazgo. Lo mismo con algunos de mis trabajos. Estudié comunicaciones y los azares de la vida me encaminaron durante una época a tener que hacer la lucha por ser periodista. No llegué a ser relevante en ello y se me fueron oportunidades increíbles; pero dentro de mis desaciertos –tal vez hasta en la mitad de las ocasiones– la culpa la ha tenido el querer ser responsable. Cuando menos en un par de ocasiones por no aceptar línea decidieron prescindir de mis servicios, llevándome a perder buenos puestos y salarios respetables. Cabe hacer mención de que hay verdaderos héroes en la profesión en algunos diarios, donde realizan su mejor esfuerzo por ser veraces y objetivos, y el pago es más el agradecimiento del lector, por tener dónde enterarse de lo que ocurre, que un salario digno ofrecido por su empresa en reconocimiento a su labor.



Foto: Pexels - Oleksandr

Incluso alguna vez rechacé que me enviaran de corresponsal a lugares paradisíacos, todo pagado, por no querer dejar de decir la verdad. Es triste pero la labor de reportero muchas veces es ingrata pues hay que hacerle la barba al patrón poniendo en la noticia a reportar lo que él quiere y no lo que es. Muchos de quienes ceden acaban con fortunas que no se sabe de dónde vienen o con casas que con su salario regular no les sería posible costear.

Aquellos que valerosamente siguen adelante a veces se dedican a otro giro dentro de la carrera o, de plano, prefieren hacer algo más.

Pero el amor no sólo es decir la verdad. En mi vida también tengo mis culpas como haber intimado con varias mujeres sin pretender más, cuando ellas realmente querían emprender algo serio. Algunas de ellas realmente guapas o interesantes. Así, muchas veces uno va por la vida que da frutos de amor y uno simplemente muerde y tira, como si se tratara de un pasatiempo... Y uno se la pasa diciendo "la que sigue será la buena". A veces desperdiciar una oportunidad puede costar varios años de sequedad. Cada vez son menos los manuales en nuestros días que nos enseñan a apreciar que con el amor no

Es triste ver que ahora se celebra más el fin de año que el 25 de diciembre. ¿Me pregunto si las personas asociarán aquella fecha con el amor o más con ponerse calzones de colores para tener fortuna, dinero y amor, en vez de obrar con coherencia para tenerlos?

se juega. Diferente es hacer la lucha y que a uno no le salga la jugada; pero es mejor intentar a andar picándole de aquí y de allá: al menos esa es la conclusión a la que he llegado.

Independientemente de la creencia que uno profese, en casi todas lo que se enseña es a amar y en muchas ocasiones se pone al amor como el fin último para estar iluminado, más allá de maya o para llegar al cielo (si se es cristiano).

El amor es un término que nos merodea todos los días. Algunos viven con la esperanza de encontrarlo, y eso es lo que les da energía para vivir diariamente; para otros, en cambio, es una realidad: aman, tienen pareja, ayudan a los necesitados, siguen a un dios bueno y esperan llegar al estado de nirvana con el desapego (esto último algo con lo que yo no estoy de acuerdo), que para mí sería más bien el dar y compartir con

los demás e involucrarse en los grandes huecos de bien existentes: como los del medio ambiente y el de ayudar a los pobres.

Es triste ver que ahora se celebra más el fin de año que el 25 de diciembre. Me pregunto si las personas asociarán aquella fecha con el amor o más con ponerse calzones de colores para tener fortuna, dinero y amor, en vez de obrar con coherencia para tenerlos. Como última acción que he emprendido para estar en el camino del amor es donar frijoles para los pobres a quienes no les alcanza para completar su mes. Así, como complemento, también ayudo a formar las despensas que se les dan, esto es en un inmueble católico. No sé pero si uno desea amar –en tiempos tan difíciles como los actuales–, uno debe de buscar cómo y dónde hacer algo, no es tiempo de andar con los brazos cruzados.



Cierre anticipado

Por Oswaldo Barrera Franco

Al comienzo de la segunda semana de noviembre pasado, mientras caminaba cerca de la casa de mis padres, me sorprendió ver que los adornos de calaveras y otros alusivos a Día de Muertos o Halloween (este último muy arraigado desde hace tiempo en la ciudad, como otras costumbres y motivos importados) habían sido sustituidos por luces de colores que formaban la silueta, del todo reconocible, de un reno. De pronto, los colores naranja, morado y negro habían cedido su lugar al verde, blanco y rojo navideños, cuando el olor a pan de muerto recién hecho todavía podía sentirse en el aire cada vez más fresco.

Días después, a punto de arrancar la época de buenos deseos y propósitos, quise plantear la siguiente pregunta: "¿Está de acuerdo con la colocación de adornos navideños inmediatamente después de Día de Muertos?". ¡Vaya frivolidad!, cuando hay tantos temas más de los que valdría la pena hablar antes de cerrar este año. Sin embargo, esto tiene que ver precisamente con los cierres, aquellos que, a veces de forma arbitraria y en ocasiones del todo imprevistos, nos señalan etapas y acontecimientos que hemos adoptado comúnmente para tener una sensación de orden.

Los ciclos nos llevan a poner límites, de hecho muy necesarios, a fin de evaluar lo acontecido y comenzar a planear con miras a un nuevo horizonte temporal. Los objetivos tienen una fecha de inicio

y también una de término, para ver si los hemos cumplido. Sólo así tenemos la oportunidad de valorar el esfuerzo realizado y replantear lo que haga falta. Entonces, dividimos el tiempo en periodos con un comienzo y un final, sin embargo, por razones no del todo claras, pareciera que a algunas personas les gusta adelantar los tiempos como si éstos fueran un mero accidente o capricho. Y en parte lo son, pero en general hemos convenido que hay un tiempo para cada cosa, lo que nos da cierta certidumbre y permite ubicarnos, temporalmente, en medio del vaivén de nuestras vidas.

Claro, nos gusta adelantar aquello que percibimos como algo positivo, ya sea una celebración, las bien merecidas vacaciones o el arribo de alguien a quien desde hace mucho queremos ver. Por otro lado, cuando podemos, retrasamos lo más posible lo que nos parece desafortunado, lo que nos entristece o preocupa, como algún pago o la entrega de un molesto trabajo. Siempre quisiéramos tener más tiempo para las cosas que requieren de nosotros un esfuerzo mayor o que, simplemente, vemos como una poco afortunada obligación.

Y con ello regreso a la pregunta de mi imaginaria encuesta: ¿nos gusta ver adornos navideños cuando hace apenas unos días estábamos ocupados en adornar altares de muertos? De lo cual surge otro cuestionamiento: ¿ha habido la suficiente distancia entre un acontecimiento y otro? Por supuesto que nos emocionan los preparativos de una

Por supuesto que nos emocionan los preparativos de una nueva celebración, una que señala el final de un ciclo anual, pero, por otra parte, con ello pareciera que el tiempo se comprime.

nueva celebración, una que señala el final de un ciclo anual, pero, por otra parte, con ello pareciera que el tiempo se comprime o corre más rápido, tanto así que, cuando llegan las fiestas de fin de año, esa celeridad continúa y pasamos de una posada a otra hasta que, cuando nos damos cuenta, ya estamos lamentando el final de aquella temporada mientras comemos rosca de reyes y tomamos chocolate.

Es obvio, en términos mercadológicos, que cuanto antes se fije en la mente de los clientes la necesidad de comprar regalos y adornos, más pronto comenzará a circular el dinero que fluye y desaparece tan rápido como las festividades asociadas con ellos. No importa cuánto queramos estirarlas, al igual que los ahorros, se esfuman tan pronto comenzamos a disfrutar el famoso maratón Guadalupe-Reyes. Por este motivo, desde principios de septiembre empezamos a encontrar árboles de Navidad perdidos entre la parafernalia relativa a un aniversario más de la independencia de México (curiosamente, los colores asociados con ambas celebraciones son los mismos, así que, sin proponérselo, hay un ahorro en ello).

Pareciera que esta prisa por abandonar un festejo y abrir la puerta al que sigue sirviera como una forma de compensar el exceso de monotonía en nuestras vidas. Son muchas semanas de rutina que necesitamos olvidar por un momento, refugiándonos en festividades que nos sirven para reunirnos con amigos y familiares a los que quizá no hemos visto desde finales del año pasado o con quienes disfrutamos tener cualquier pretexto para estar juntos. Como sea, adelantamos fechas sin darnos cuenta de que, para extrañar o anhelar algo, es el tiempo lo que le da un valor adicional.

Así entonces, la aparición de casas adornadas con luces y fetiches navideños desde principios del mes pasado, unos cuantos días después del Día de Muertos y sin referencia alguna a las conmemoraciones revolucionarias (que cada año parecen olvidarse más y convertirse en un mero día de asueto), en vez de hacerme sentir festivo me provoca una sensación de desconcierto sumada a cierta nostalgia por aquellos días en los que, precisamente, era el tiempo nuestro bien más preciado. Aun así, celebremos mientras tengamos la oportunidad de hacerlo.

ADRIÁN CASASOLA

El transporte a principios del XX

El siglo XX en México marcó un antes y un después en los medios de transporte, ya que su evolución resultó exponencial en muchos casos. El ferrocarril se desarrolló tremendamente, ya que durante el Porfiriato se aumentaron a las rutas existentes más de 19,000 kilómetros de vías férreas, comunicando y conectando diversos estados de la República entre sí y convirtiendo a la Ciudad de México en un centro neurálgico, pues existían diversas estaciones como las de Tacuoba, Azcapotzalco, Colonia, Buenavista y San Lázaro. Durante el movimiento revolucionario, el ferrocarril se convirtió en un protagonista más sirviendo como transporte de soldados, caballos, bodega de arma, hospital e infinidad de usos más.

Hacia 1901 los tranvías jalados por mulas fueron sustituidos por tranvías eléctricos y la estación central de estos vehículos se instaló en un kiosco que se encontraba frente a la calle 5 de Mayo, en pleno Zócalo capitalino. Sus rutas incluían zonas "muy lejanas" como San Ángel, Tacubaya, Tlalpan y llegaban hasta las puertas de la antigua basílica de Guadalupe. No cabe duda que las prisas no existían en aquel entonces...

El automóvil fue un disruptor de finitivo en la vida cotidiana de la ciudad, pues los habitantes aun no se habituaban al ruido de los motores, al humo que despedían, y mucho menos que en una calle convivieran tanto un tranvía, como un carruaje y un auto en dos carriles, siendo la calle de doble sentido. También los amantes del riesgo y la velocidad podían asistir a las carreras que se organizaban en los llanos de Balbuena, donde intrépidos hombres subían a sus bestias de acero para competir en un terreno pedregoso y en épocas de lluvia, casi intranstable por la lluvia.

Los aviadores montaban sus aeroplanos y realizaban arriesgadas pruebas de velocidad, precisión y resistencia en el rumbo de Balbuena, donde actualmente se encuentra el Aeropuerto Benito Juárez. Sin duda, un espectáculo digno de verse. Paralelamente, la fabricación de hélices de madera tuvo un auge sin precedente en nuestro país.

Y obviamente no podemos dejar fuera de este espacio a los buques que llegaban procedentes de Europa y Asia, transportando mercancías, turistas y evidentemente, personas que huían de sus lugares de origen por múltiples razones, o simplemente para tener un nuevo comienzo en tierras mexicanas. La imagen que presentamos del buque Y piranga fue tomada meses antes de que llevara a Don Porfirio a su exilio en Francia.



No olviden seguirnos en Instagram: @casasola.foto y en casolafotografia.mx .

Foto 1: Carrera de autos en los llanos de Balbuena. Autor: Agustín V. Casasola, circa 1910

Foto 2: Embotellamiento de autos por huelga de transportistas. Autor: A. V. Casasola, 1935

Foto 3: Carruajes, autos y tranvías en el Zócalo. Autor: Hugo Brehme, circa 1907

Foto 4: Aeroplano y auto en Balbuena. Autor: Agustín V. Casasola, circa 1910

Foto 5: Tren constitucionalista en Sonora. Autor: Agustín V. Casasola, circa 1915

Foto 6: El buque alemán Ypiranga en el Puerto de Veracruz. Autor: Hugo Brehme, circa 1910